

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



ISLA DEL QUEGUAY GRANDE

(Fotografía aérea de Adolfo Armellino).

En la desembocadura del río Queguay, en el Uruguay, por ancha boca a cuyo frente se encuentran cuatro islas denominadas: Queguay Grande, que es la que aquí se advierte en el centro de la nota; Queguay Chico, Laguna y San Miguel, formadas por los arrastres del río. La Queguay Grande tiene unos cinco kilómetros de largo por aproximadamente un kilómetro de ancho.



Casa Blanca, al sur de Paysandú. Fue sede de un saladero, en el siglo pasado, convertido hoy en establecimiento industrial por el Frigorífico Nacional. El canal navegable pasa junto a la barranca.



Otra vista del río en el paralelo de Punta Gorda, donde sus aguas con el

La palabra epónimo está muy desprestigiada. Por eso no la empleamos al referirnos al río Uruguay. Lo llamamos nuestro, pero no porque hagamos exclusividad posesoria de su corriente, sino porque creemos que nuestro no es lo que poseemos en exclusividad sino lo que compartimos con los demás, lo que damos. La tierra uruguaya es también de nuestro río porque de él la hemos recibido en parte. Desde las selvas tropicales y subtropicales, rastreando faldas del gran macizo andino, las vertientes americanas llegan a las fuentes del río Uruguay y sobre su corriente nos transportan el humus para el humor vegetal de la tierra. Al cauce de nuestro río van a parar las savias de ese gran corazón que dibuja sobre el mapa americano la Banda Oriental del Uruguay, con la fluencia del Cuareim, el Arapey, el Daymán, el Queguay, el Negro y el San Salvador. Es como una alegría de las aguas entrañables uruguayas saliendo al encuentro del río prócer, fundiéndose en él y dilatando su plenitud de río y horizonte de mar.

Pero si los más abundosos ríos uruguayos, entre ellos el que dibuja la arteria cordial del país, el Negro, van en busca de la corriente máxima, no proceden así los hombres. Los uruguayos vivimos de espaldas a nuestro río. Seguimos mirando al océano. Unos porque ven en el mar el múltiple camino del mundo. Actitud justa. Otros porque esperan aún galeones, cuyos tripulantes, con abalorios políticos y espirituales, nos colonicen y enseñen a vivir con mandamientos antipodas a los nuestros. Las playas son salidas al mundo, pero también confinamientos donde todo mal gusto, encuentra clima propicio. Ignoramos si existe algún manual de psi-

copatología turística, para cura de tanto filisteo que desemboca en los balnearios, no para curarse de su mal sino para agudizarlo.

Lo cierto es que vivimos de espaldas a Nuestro Río. Todo el mundo sueña con un chalet en la costa atlántica, pocos, raros, son los que piensan con un rancho a la orilla del Uruguay. Y no se trata de hacer comparaciones sobre la diferencia de los dos paisajes, pero desde Punta Gorda a Bella Unión, el espectáculo de islas, puertos, barrancas, playas, salientes y entrantes, desembocaduras de arroyos y ríos, es tan variado y múltiple, que dudamos pueda haber paisaje que le supere en belleza. Y si a la belleza de los panoramas unimos la historia del río, entonces los estímulos acentúan su atracción.

Estos antecedentes son los que nos impulsan a comentar el libro: "El Río Uruguay. Geografía, Historia y Geopolítica de sus aguas y sus islas", del profesor Homero Martínez Montero, que hemos leído en dos ejemplares de la "Revista Histórica".

Comienza el autor reivindicando al descubridor del río, el piloto Juan Rodríguez Serrano, a quien, desde la isla San Gabriel, en 1520, envió Magallanes en la nao "Santiago" para remontar la corriente, deseando hallar la obsesiva comunicación de los dos océanos. Fue el primer blanco en contemplar el misterio de un nuevo paisaje: "Su pericia — dice el autor — ha arrancado para la divulgación de portullanos y derroteros, el silencio milenar de un río que en el andar del tiempo, determinará con su presencia orientaciones históricas, y al individualizar geográficamente a una Nación, le prestará la eufonía de su nombre aborígen".

El nombre de Juan Rodríguez Serrano no figura, por un error, entre los de Solís y Gaboto, en el obelisco recordatorio erigido frente a la confluencia del Uruguay, el Paraná y el Plata. Deseable es que se enmiende la página y el nombre del descubridor de nuestro río se haga presente en la conciencia del estudiante.

Nos presenta el libro a Gaboto y su feliz encuentro con Francisco del Puerto, el primer español que en las márgenes del Uruguay afirma voluntad de nueva tierra y nueva patria. ¿Tampoco hay un recuerdo para este Francisquillo, primer creador de mestizaje humano en esta latitud? Está visto que tienen más importancia aquí los "pédigree" cuadrúpedos que los bípedos.

Llegan luego Antón Grajeda al mando de las naos "Trinidad" y "Santa María del Espinar", de la expedición Gaboto, y Diego García, siguiendo la ruta fluvial, coincidiendo ambos, a mediados de enero de 1528, en "la ensenada que forma la desembocadura de los ríos Negro y San Salvador". En 1529, en el mapamundi de Diego Rubén, aparece por primera vez el "Río Uruguay", resultado de la expedición Gaboto.

A continuación, Ortiz de Zárate, Garay, Hernandarias, los jesuitas, siendo el padre Roque González el primero en la iniciación misionera, Hernando de Zayas, el franciscano Juan de Vergara. Las correrías de los "bandeirantes" perturban la labor descubridora y colonizadora de los pioneros de la gran empresa. Después, conocida la ruta, señalados los peligros, el esfuerzo del hombre sabrá llegar a su destino, porque entonces el río Uruguay aún iba a alguna parte.

NUESTRO

Fundaciones misioneras. En 1619 el padre provincial Pedro de Oñate envía las primeras noticias del "Huruay". A cien años de distancia, el río de destino ciego se ha convertido en ruta para las fundaciones hispánicas que desde Asunción descienden, colonizando la vasta región que abarcan el Paraguay, el Paraná y el Uruguay, hasta llegar al mar de Solís. "El puerto y la ciudad del Salto resultan así, en el norte, como la Estancia de las Vacas en el sur, puntos de apoyo para asegurar las comunicaciones de las Misiones con Buenos Aires, capital política y militar". Pero nulo resultó, por ineptia de los reyes de España y sus cortesanos, el esfuerzo militar y colonizador, pues reyes "pro domo sua", entregaban a la diplomacia portuguesa lo que tanto sacrificio costaba conservar.

El río Uruguay nos lo describe el Sr. Martínez Montero como una marcha contracorriente para el descubrimiento primero, y para la colonización luego aguas abajo, de la región más desvalida de recursos en el subsuelo, el oro amarillo, pero la más rica en oro verde. Faltaba sólo el asentamiento del hombre, que se hizo al fin.

Pero nuevos tiempos imponen nuevos hombres, nuevos imperativos, nuevas necesidades. El ferrocarril desplaza a la navegación fluvial, como el automóvil va desplazando al ferrocarril, como la nave-



Rambla costanera de Fray Bentos. Las barrancas a la izquierda, el Frigorífico Anglo al fondo.



El río Uruguay en su punto terminal, frente a Punta "Laguna el Padre". La mancha blanca al fondo, a los descubridores del



En la geografía clásica, termina el Uruguay, confluendo en el Plata.



Rápidos del Salto Grande. Las masas basálticas afloran cortando el curso del río.

RIO

gación aérea empieza a desplazar a la marítima. El río Uruguay ha perdido su fisonomía siglo XIX. Salto, Paysandú y Fray Bentos, ya no son feria y algarabía de barcos con ruedas. Algunos transatlánticos llenan sus bodegas para los estómagos hambrientos de Europa, pero la realidad de hoy no compensa el matiz de ayer. Sin embargo...

Martínez Montero describe las posibilidades de riqueza que encierra la corriente del río. En los 1800 kilómetros de su recorrido, va presentando alturas como las siguientes: de 2050 metros en su nacimiento; de 725 metros en su confluencia con el río Canoas; de 100 metros en el río Pepirí Guazú; de 35 metros en su confluencia con el Cuareim. El patrimonio de energía que se pierde lo especifica el autor con estas palabras: "Los estudios del aprovechamiento hidroeléctrico desarrollados por comisiones técnicas mixtas argentino-uruguayas, se han concretado en la formación de tres anteproyectos de usinas, el menor de los cuales, llevado a la práctica, podría suministrar 840.000 k.w., o sea una potencia de 6,5 veces mayor que la instalada en Rincón del Bonete".

Recuerda el Sr. Martínez Montero la posibilidad de unir el Paraná al Uruguay, según versión del oficial de ingenieros español Manuel Sánchez Núñez, quien dice era un viejo proyecto de los jesuitas, con lo que se acortaría en una tercera parte

la distancia desde el alto Paraná al Río de la Plata "poniendo además en contacto con el mar localidades del interior de Corrientes".

El libro es un estudio exhaustivo de los tratados de límites de soberanía uruguayo-argentino-brasileño-paraguayos desde los albores de nuestra independencia, así como de los anteriores entre España y Portugal. Hoy estamos en una impasse para especificar la jurisdicción de unas pocas islas, que permita llegar al natural dominio uruguayo-argentino del río Uruguay, desde la desembocadura del Cuareim a Punta Gorda. Pero el condominio creemos debe tener una finalidad americanista. Así lo señala el autor ante el hecho de que Brasil y Paraguay también son tributarios de nuestro río. Cuanto en América se haga desde un punto de vista de exclusividad nacionalista, resulta a la postre antinacional. Las naciones americanas o se integran en una corriente de afinidades continentales o se desintegran en un pandemonium de estancias gobernadas por tiranuelos, por muy campañados que hablen éstos de patria y soberanía.

El libro de Martínez Montero es también una exaltación de aquellos hombres que, siguiendo los pasos de Solís, se despararon por el misterio del río y sus afluentes. Un resumen histórico de cuantos lo remontaron para llegar al descubrimiento, conquista y colonización de una tierra que aun permanece incógnita para el afán posesorio del hombre. El inmenso "hinterland" de los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay continúa siendo patrimonio de las hormigas, de los reptiles, de las termitas, de la selva, de la tierra sin agua o del agua que pudre la tierra para

futuras fecundaciones. Convertir todo eso en morada del hombre no puede ser tarea de un solo gobierno y una sola voluntad. Paraguay, Uruguay, Brasil y Argentina son partes interesadas, e inmediatas, proyectando un hacer civilizador con miras americanistas.

Discrimina el autor el tratado Brum-Moreno. Especifica las diferencias entre la mitad del curso de las aguas como elemento de demarcación de límites fluviales, y el "thalweg" o lo más hondo de su corriente, que se modifica continuamente. Y junto al diferendo, la necesidad de fijar el dominio de 140 islas e islotes del cauce fluvial, con unas 20.000 hectáreas. El autor hace la historia de cada una de esas islas, insistiendo en que la posesión accidental de algunas de ellas por las autoridades argentinas, dificulta un arreglo en términos de fraternidad rioplatense, con miras a una finalidad — insistamos — de armonía americanista.

Un extracto de cada uno de los capítulos del libro rebasaría los límites de esta nota periodística. Nuestra misión se halla circunscrita a la última de las consideraciones que el Sr. Martínez Montero hace al final de su obra: "Los problemas del río Uruguay deben ser difundidos en el conocimiento popular, para que se forme una conciencia nacional sobre ellos".

El libro cumple esa misión. Es como un alidabonazo en la conciencia panglosa predominante en nuestro medio. Tanto se usa y abusa sobre nuestro "pequeño gran país", que parecería no existen pequeños grandes problemas a resolver. El Uruguay tiene planteados grandes y graves problemas. Uno de ellos es el del arreglo definitivo de ese punto de discordia que tiene pendiente de solución el condominio de

las aguas de nuestro río.

Pero todo no es problema político. Hay, paralelamente al que se desprende del río como entidad política, social y económica, otros de sentimiento estético que está en la naturaleza de las cosas de nuestro paisaje. Hay que hacer de nuestra orilla del Uruguay un lugar de cita para el despertar de la sensibilidad patriótica. Paralelamente a su margen se desarrolló la ruta del Exodo. Artigas, en Hervidero, miraba hacia el río como un aliento de posibilidades reconstructivas. Si el mar fue ruta de descubrimiento y conquista, el río lo fue de consolidación republicana.

No se puede vivir de espaldas a Nuestro Río. No creemos en el artificio turístico. Nosotros no somos arqueología sino botánica, zoología, geografía, humanidad en ascenso. Si se pudiera proyectar el turismo hacia el futuro, seríamos un país turístico. Pero no es así. El auténtico turista es hombre que busca piedras venerables y cocinas encomiables. Es hombre somnoliento y digestivo frente al paisaje, más aun cuando el paisaje presenta aspectos diferenciales al tipo standard, como en el caso del Uruguay.

Por eso creemos que, de lo que se trata, es de crear, al lado de lo que el Sr. Martínez Montero llama "conciencia nacional" ante los problemas políticos del río Uruguay, una conciencia emocional de los uruguayos sobre el río que les da nombre. Labor lenta como toda docencia. Problema de generaciones acaso, pero por eso mismo imperativa, impostergable.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

Castillos (Rocha), 1955.

Especial para EL DIA. Fotografías proporcionadas por el Sr. Adolfo Armelino.



La Gorda, Depto. de Colonia. En primer plano, la izquierda, el obelisco levantado a la memoria de Plata, Uruguay y Paraná.



Rambla de Fray Bentos a la vera del río.



Margarita Fabini en su taller, junto a sus obras de mayor aliento.

CON motivo de los homenajes a Eduardo Fabini, vena lírica de nuestro folklore, nos volvimos a reencontrar con Margarita Fabini, la escultora que por sus manos, su ternura y su rica sensibilidad dió vida al bronce del que fuera un mag-

nífico hijo de los de su raza. Desde aquel primer premio en 1937, que Margarita ganara en el primer Salón Nacional de Bellas Artes, con su "Cabeza de niña", hasta esta tarde gris de un apresurado invierno de 1955 ha corrido, más que el tiempo, la transfiguración de una mujer de viva y fuerte personalidad. Mientras con los amigos íbamos a verla a su casa — entre árboles, plantas, tomándose todo el ambiente un verde de cosa potente de savia, de espacio donde la naturaleza no fue atajada por el arquitecto y abrió claros y creó sentido de levedad, para sentirse en ella, totalmente —, nosotros recordábamos algunos hechos que vienen desde lejos, desde profunda raíz de sueño y herencia, explicando vida y obra de la escultora.

Sus años de infancia, los que ya arrastrarán para siempre el tiempo de la vigilia y la presencia de la entrega, los pasó al lado de su tío Eduardo Fabini, junto a sus padres y hermanos. En aquel tranquilo hogar se escuchaba música como urgencia vital de todos, pero allí estaba, con su presencia rectora y su bondad sin orillas, el compositor. De la ternura, río manso que pasa por su infancia, Margarita lleva su cauce íntegro. Hay una emoción de cosa de antes, gustada, sentida, pegada a sus huesos y que se fue por los dedos, en hilos de pasión, cuando moldeó el gesto familiar en el barro, en horas niñas, cuando en un rincón de la casa la ausencia de la pequeña Margarita ya no intrigaba. Allí estaba, manos con nervios y

sentirnos fuertemente emocionados ante la real identificación de todo el ser plástico con la potencialidad del ser músico. Para familiares y amigos esta obra les debe decir el mensaje más puro de un logro con posibilidades humanas. Aquella figura de cuerpo entero que está de pie en su taller, con aquella levedad del paso del músico, en piernas cortas y finas, en fuerte contraste con el vigor de su gesto, está dado en tal forma que Eduardo Fabini habita una vivencia permanente y sugestiva en el mundo que rumorea en las calles...

Pero esta estatua — que me lo perdono mi propio montevidianismo — no debe quedar aquí. Ya lo dijo Dossetti que Fabini debe estar en las sierras de Lavalleja. Esta obra de Margarita apura las palabras del noble escritor minuano. Porque es un Eduardo Fabini como lo sintió y lo recuerda su pueblo. Andando por el mundo como si un pájaro nativo le hubiera enseñado el menudo paso; y fuerte, vigoroso, templado en soledad y arte, con sus solapas levantadas, más que en guardia de abrigo en tibieza de ir consigo mismo, aislándose de gestos y sombras. Un Eduardo Fabini con autenticidad de vida y obra detenido y sostenido por las sierras, en el corazón generoso de su pueblo que él tanto amara y lo amara.

La rica hospitalidad de Margarita no se entrega hasta que sus amigos, sin palabras, la sientan por sus obras. Porque ella necesita, por sobre toda cosa, ser. Crear. Y después del vigor y el logro de

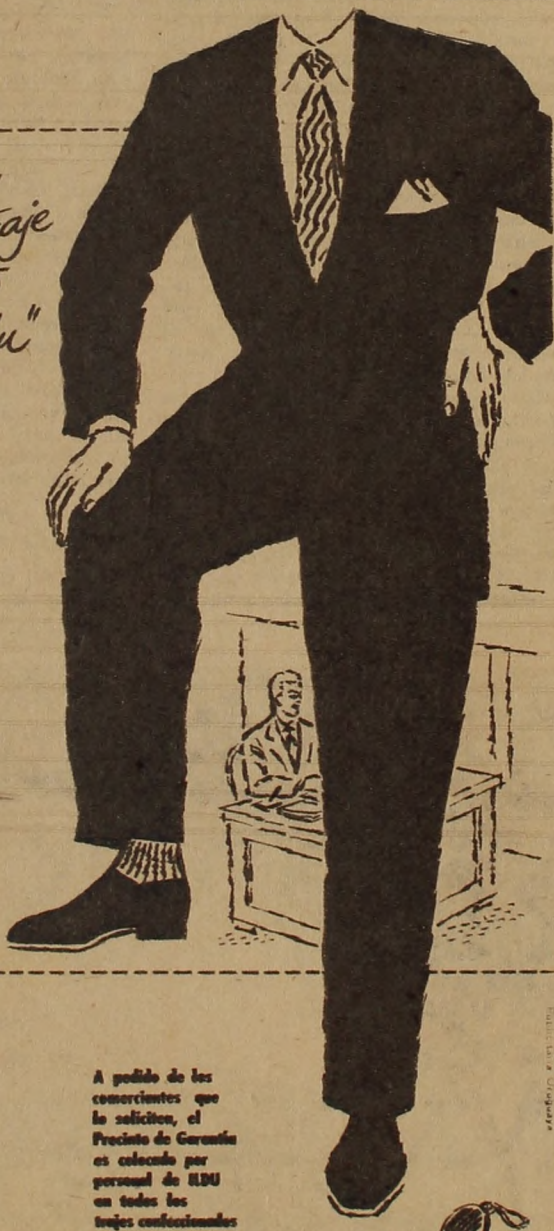
MARGARITA FABINI EN EL TRIUNFO DE SU VOCACION

Dice el señor
RAUL BIDART
destacado funcionario
de A.F.E.

*"Mi mejor traje
siempre es un traje
con el precinto
garantía Ildu"*

Mayor satisfacción, por mayor tiempo le brindará un traje confeccionado con Casimir Ildu. Hilado superior, gran poder de recuperación, firmeza en los colores del Casimir Ildu aseguran que su traje rendirá más y no se deformará con el uso. Su mejor traje será siempre, un traje confeccionado con Casimir Ildu. Fíjese al comprar, que lleve el Precinto de Garantía en el ojal.

Después de 27 años de ininterrumpida labor, dando pruebas de recta conducta, el Sr. Raul Bidart se encuentra hoy al frente de la Oficina General y Correspondencia del Departamento de Sección y Comunicaciones de la A.F.E.



A pedido de los
comerciantes que
lo solicitan, el
Precinto de Garantía
es colocado por
personal de Ildu
en todos los
trajes confeccionados
con Casimir Ildu

CASIMIRES

ILDU

100 % lana

fuego de artista, dando vida a cabezas y a figuras; imaginación poética para su rica vena que ya no iría por el ritmo sino por la línea, el color y la forma.

Muerto su padre, don Camilo Fabini, el hogar se sacude y la madre joven busca en todas las reservas de amor y sacrificio el mucho calor para sus pequeños niños. Siete años de Margarita y el dolor le da en mitad del pecho. Pero aquella frente de niña ya tenía sus dudas, sus logros, sus celajes, sus alegrías. Desde ese tiempo va tallando por dentro su propia vida sin ella saberlo...

La madre, junco sensible, va estimulando a la hija. Corren los años y envía a la joven a estudiar en la Escuela Industrial. Al poco tiempo recibe una beca para continuar sus estudios en el Círculo de Bellas Artes.

Con años de estudio y trabajo presenta sus obras al público. Los salones de Bellas Artes conocen este aporte y los museos del interior se familiarizan con su nombre. También los de la capital.

*

Hemos llegado a Carrasco. Allí Margarita y su hijo Carlos — un fuerte y alegre muchacho — están sentados bajo los árboles. Su casa-estudio o su estudio-casa, respira su obra. El Arte del arquitecto — esposo de su hija Susana — se confunde en un aliento común para recibirnos con su mensaje de belleza y de tiempos que apuran pero no lo suficiente para que arquitecto y habitante no encuentren su diálogo de vivir y sed dentro de la casa.

El trabajo es la lección permanente que nos recibe en cada ambiente de la casa. Cuadros, esculturas, bocetos, alegorías, apuntes, dibujos, libros, un retrato bien logrado de Amalia Polleri de Viana que hiciera Margarita, y leños encendidos en la estufa, cubierta la repisa por sus trabajos.

Tres obras de gran aliento certifican el logro de una plenitud que viene creándose con sangre y pasión desde la infancia: el bronce de Eduardo Fabini ya inaugurado en la plaza que lleva su nombre; un busto de Baltasar Brum, realizado en mármol, como símbolo de la pureza del ideal sostenido y revivo con su muerte; el Cristo en bronce, de tamaño natural, emplazado en Las Delicias - Punta del Este. Ya en su taller, admirando algunas de sus obras, donde un aire poético vive y alienta y por donde penetra nuestra sensibilidad y nuestro gozo, nos enfrentamos con una obra que vale por una vida. Sólo los que conocimos los últimos años de Eduardo Fabini y lo vimos andar por nuestras callejitas del Parque Rodó, bosquejadas de árboles y palomas, podemos

aquellos trabajos la mujer viene delatando su rica vena sensible. Y como la herencia golpea en fuertes nudillos, sin pausa en el tiempo, un aire lírico estrema los otros hallazgos: "Leda", la mujer del mar, una bien alcanzada fantasía. "Mediodía diáfono", donde el faunito descubre a la ninfa durmiendo sobre la piedra. "Placidez materna", dibujo, fuerte, pleno, dado con transparencia y evocación. Luego un desnudo de mujer radiante y segura de su belleza que se entrega en ofrenda. Otra gran conquista: "La savia". El árbol seco se funde en la savia de la mujer que asciende como un fruto de plenitud. Y un magnífico logro de composición, en obra de gran esfuerzo y esperanza: "Últimos años". Vida y luz interior. ¿Serenidad o conformación? ¿Soledad o presencia lograda? Las manos, en un muy difícil logro, sostienen la cabeza, apoyadas al mentón, alcanzando una fuerte expresividad que nos entrega una nueva señal del temperamento artístico de la escultora. Descubrimos — y se lo decimos — que aquellas manos son las suyas. Sonríe. Es que las manos de Margarita Fabini destacan esa fuerza vocacional y cuentan, mudas, de una muy rica vena lírica que ha estado persistiendo en su sangre, viniendo pena y duelo, alcanzando toda la anchura del día para que el sueño no se malogre. Trabajadora incansable, como si un misterioso mandato quisiera recuperar días, meses y años, de no poder recogerse y darse en esa plenitud total de sus días de hoy.

Los hijos, Susana y Carlos, están compartiendo sus cosas, su aire, sus logros. Muestra con orgullo un dibujo realizado por su hija y una pintura. Y nos pide, por teléfono, una foto en que está con su hijo, en el jardín.

De un pueblo próximo a Génova llegaron los Fabini. Vinieron a tierras del Plata y en el arte, el trabajo, la virtud, devolvieron a América, en raíces nativas, lo que la tierra criolla les alcanzó. A la distancia, para seguridad del labriego, las sierras de Lavalleja cerraron el paso, acunaron el sueño y enseñaron su lección de grandeza.

Margarita Fabini es la segunda generación que da su mensaje. ¡Ojalá podamos asistir, recogidos en la emoción, a la inauguración de su Fabini en las sierras! Y que despacio, lentamente, pensemos en una vocación que se cumplió desde aquel día que con un montón de barro entregó la primera forma al perfil de Eduardo Fabini. Era entonces ayer. En un claro y soleado camino de infancia...

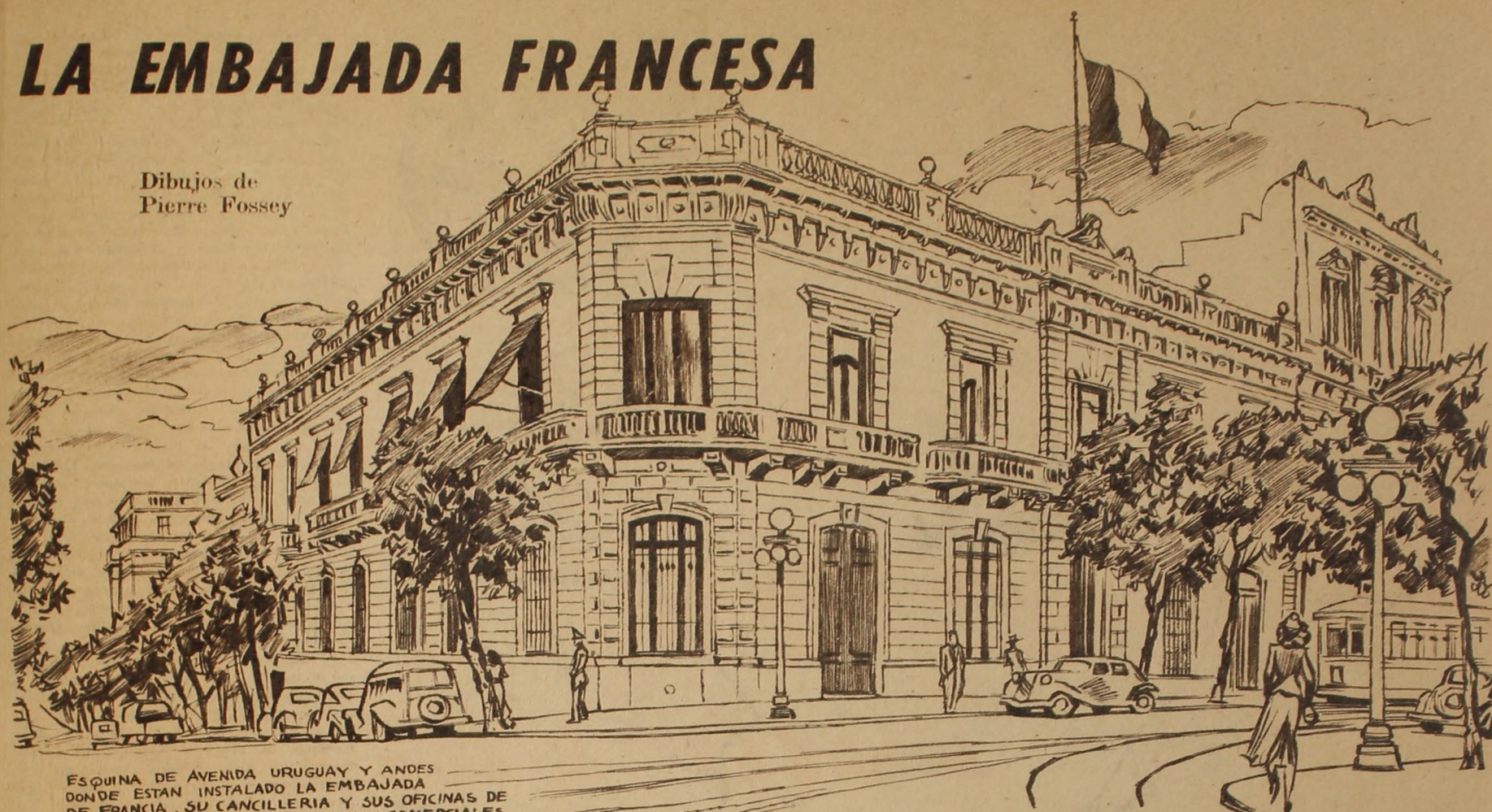
Ana Amalia CLULOW.

Montevideo, junio 1955.

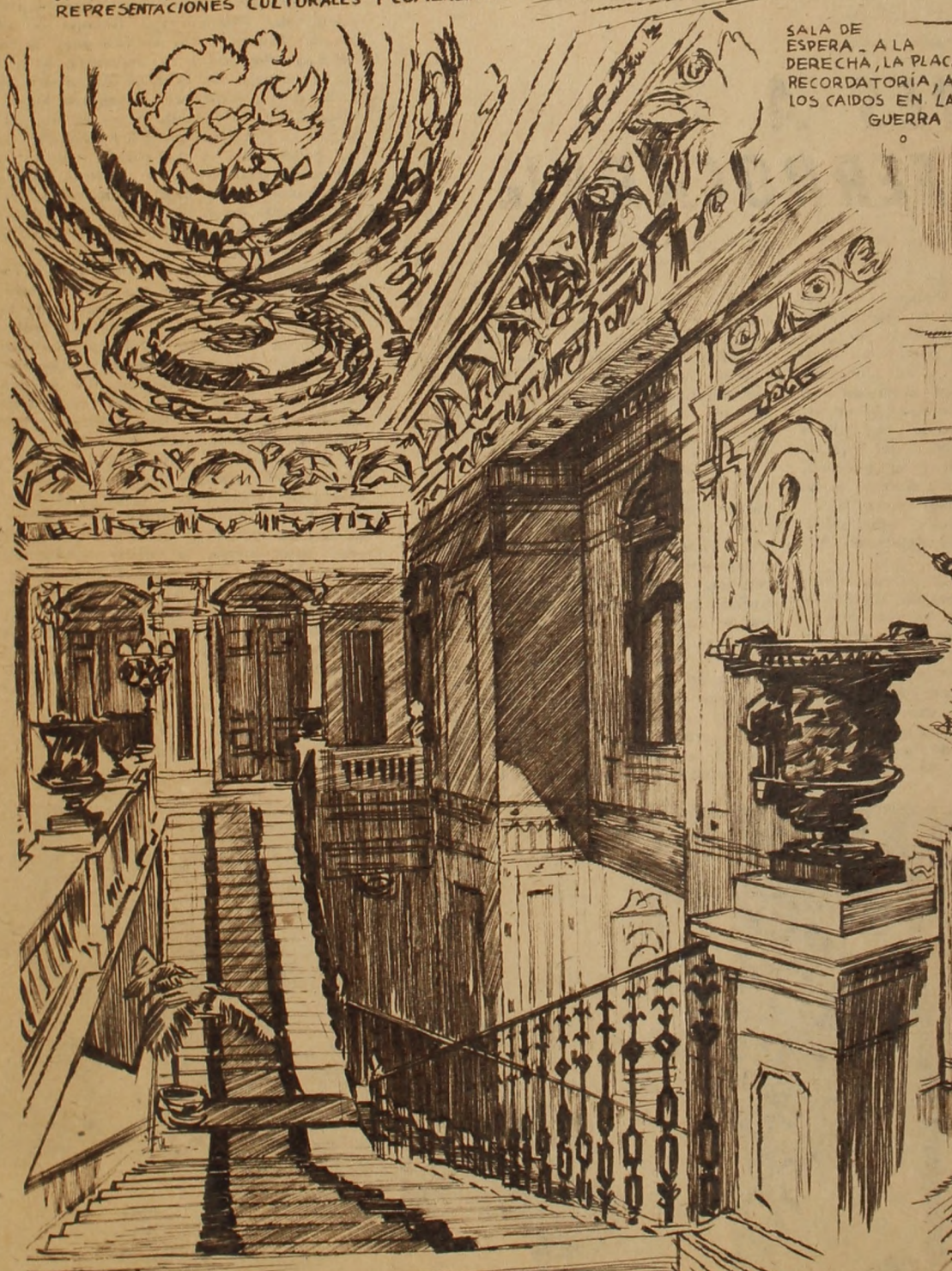
(Especial para EL DÍA).

LA EMBAJADA FRANCESA

Dibujos de
Pierre Fossey

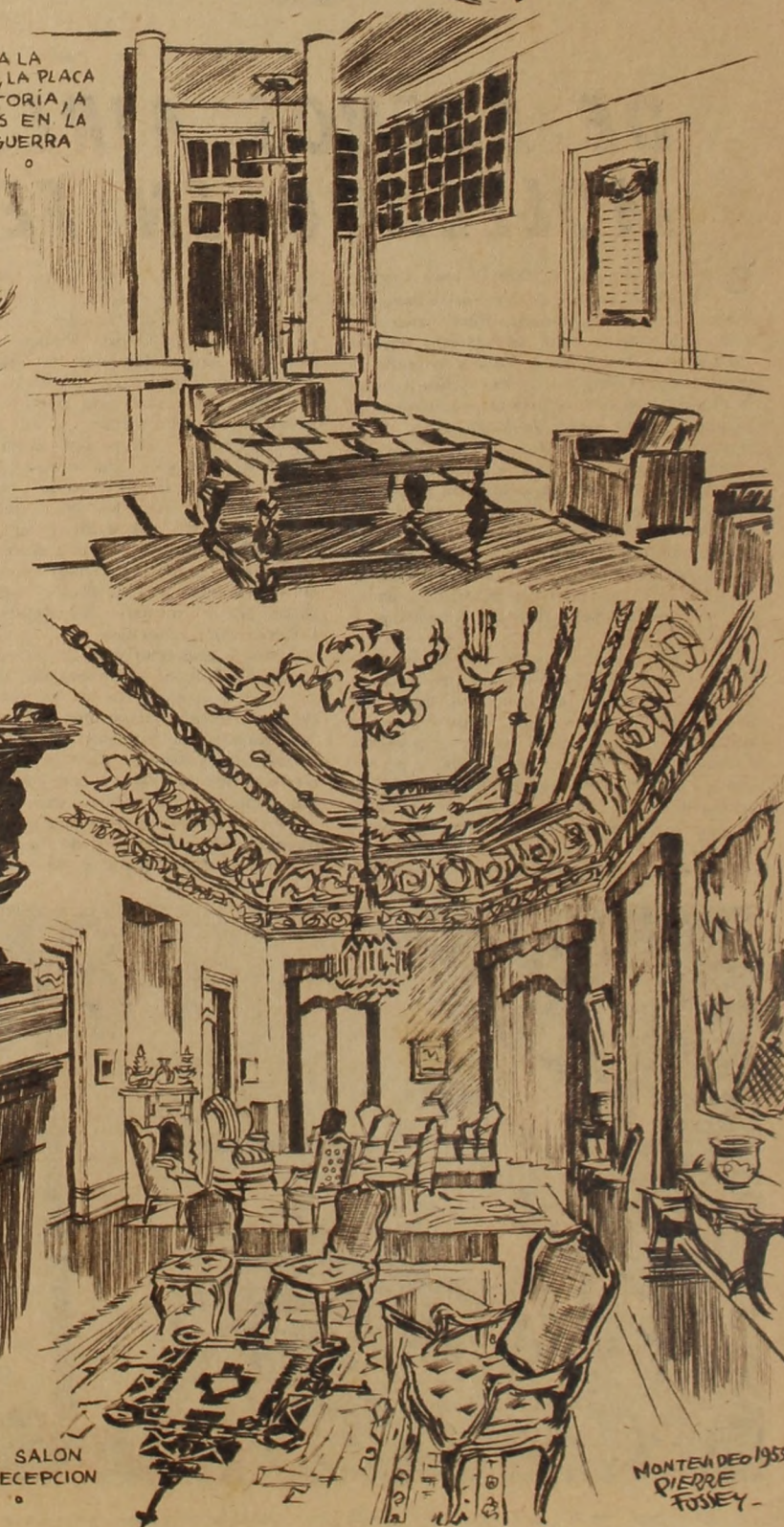


ESQUINA DE AVENIDA URUGUAY Y ANDES
DONDE ESTAN INSTALADO LA EMBAJADA
DE FRANCIA, SU CANCELLERIA Y SUS OFICINAS DE
REPRESENTACIONES CULTURALES Y COMERCIALES



ENTRADA PRINCIPAL
Y ESCALERA MONUMENTAL

SALA DE
ESPERA - A LA
DERECHA, LA PLACA
RECORDATORIA, A
LOS CAIDOS EN LA
GUERRA



GRAN SALON
DE RECEPCION

MONTevideo 1955
PIERRE
FOSSEY



Ferrocarril La Paz - Puno - Mollendo.

DE BUENOS AIRES A MOLLENDON EN FERROCARRIL

SIN prisa ni pausa, Bolivia está convirtiéndose en un centro ferroviario de trascendental importancia. Pues, para que pueda llevarse a cabo un servicio regular de trenes entre Arica y Santos uniendo la costa del Pacífico con la del Atlántico, solamente se espera la pronta conclusión del pequeño tramo. Aiquile-Santa Cruz. Esta ferrovía transcontinental atraviesa por territorio chileno, boliviano y brasileño. Mas, ahora, hay el firme propósito de poner en comunicación directa la populosa ciudad de Buenos Aires con el puerto de Mollendo, mediante un ferrocarril con trocha de un metro en toda su longitud, ferrocarril que en su largo recorrido estaría al servicio de tres países, Bolivia, Argentina y Perú.

Para que la vinculación material entre Buenos Aires y Mollendo sea realidad, es menester extender las paralelas de acero desde Guaqui hasta Puno, ambos puertos situados sobre el lago Titicaca, el primero dentro de jurisdicción de Bolivia y el segundo en territorio peruano. Hace muy pocos días que en la ciudad de La Paz se han firmado las notas reversales para el estudio de la construcción del ferrocarril de Puno a Guaqui y el aprovechamiento

hidroeléctrico de las aguas del Titicaca. Dichas notas suscritas por el embajador del Perú y el canciller boliviano, señores Fernando Gamio Palacio y Walter Guevara Arze, disponen la organización de una comisión mixta formada por doce miembros, seis por cada país, todos ellos técnicos en ferrocarriles y en hidroelectricidad. Esta comisión está subdividida en dos subcomisiones, una encargada de estudiar el trazo de la ferrovía y otra de la mejor aplicación de las aguas del Titicaca en el fomento industrial y agropecuario. El personal de la comisión trabaja en La Paz y las reuniones deben realizarse alternativamente en La Paz y Lima, presididas por el ministro de Relaciones Exteriores del respectivo país.

Para el gobierno peruano, según la frase gráfica de su representante diplomático, la acción solidaria de los mandatarios de los países contratantes, se plasma en la organización y desarrollo de un plan coordinado y técnico para la unión de los ferrocarriles bolivianos con los del Perú, que tendrá por corolario una mayor vinculación cultural y comercial entre los dos pueblos, el incremento de las industrias en actual explotación y la creación de

otras importantes. De su parte, el canciller boliviano, dice que la aspiración de convertir el lago Titicaca en fuente de energía eléctrica y usar sus aguas en el regadío de vastas porciones de tierra, es antigua y ha dado lugar al planteamiento de más de un proyecto, y que el ferrocarril de Guaqui a Puno siguiendo la margen del Lago Sagrado de los Incas servirá para conectar el que actualmente está en servicio entre La Paz y Guaqui con la línea férrea de Puno a Mollendo.

El convenio que se ha firmado entre los representantes del Perú y de Bolivia, encierra en sí un ideal largamente acariciado por ambos países vecinos, ya que en 1901, cuando el presidente José Manuel Pando gobernaba la nación del altiplano, con una clarividencia muy plausible, sugirió la conveniencia de extender los rieles de Guaqui hasta Puno bordeando el Titicaca. Pasaron los años y aquella sugerencia quedó en el plano de los proyectos; además, en aquel tiempo, no había urgencia de construir ese ferrocarril, porque con el establecimiento de un servicio normal de vapores entre Puno y Guaqui, un gran tonelaje de mercaderías de ultramar se internaba a Bolivia desde

Mollendo, aunque con el obligado trasbordo en los indicados puertos lacustres. Esta salida de Bolivia al océano Pacífico descongestionó visiblemente el recargado tráfico de importación y exportación habido en Antofagasta.

En la actualidad, la línea férrea expedida de Buenos Aires al puerto de Guaqui, abarca una extensión de 2.127 kilómetros con trocha uniforme de un metro. El ferrocarril a construirse de Guaqui a Puno, comprende una longitud de 180 kilómetros. De Puno a Mollendo, este último puerto sobre el Pacífico hay 522 kilómetros. Así que, una vez puesto al servicio el ferrocarril transcontinental Buenos Aires-Mollendo, éste tendrá un recorrido total de 2.829 kilómetros. En un trayecto tan largo, los trenes, colmados siempre de pasajeros y artículos de todo género procedentes de Europa y Argentina, al ascender desde el nivel del mar hasta las estepas andinas surcan por pampas infinitas plétóricas en productos agropecuarios y hacen escala en Rosario, Tucumán y Jujuy; ya en tierra boliviana, atraviesan alturas de tres y cuatro mil metros sobre el nivel del mar, donde ubicadas están las riquezas mineralógicas con que la naturaleza ha dotado a este país; luego se internan por los sonrientes valles de Tupiza, para después proseguir a gran velocidad por la altiplanicie silente y árida, con breves paradas en Atocha, Uyuni, Challapata, Oruro, Viacha, Guaqui, Zepita, Pomata, Juli, Llave y Acora, estacionarse en Puno, y de aquí descender a Mollendo, tocando Arequipa, la bella ciudad del Misti. El trayecto es bastante largo en sí, pero los viajeros, sean turistas, hombres de negocios o de estudio, confrontan los más variados climas, las costumbres más exóticas, los paisajes más encantadores en los que no se sabe qué ha de admirarse más, si la blancura imponente del Illimani, del Illampu o del Huaina Potosí, o las cabrilleantes aguas del Lago Sagrado, y se convencen de que en el corazón de la América sureña, la lucha por la existencia no es tan angustiosa ni tan deprimente como en los países de la vieja Europa. En verdad que, si los gobernantes y gobernados de estos países de tradición y de misterio fueran más humanistas y menos demagogos, habría sobrada razón para llamar a la América indolatina, el continente de paz, de trabajo y de libertad!

Si bien, el transporte de pasajeros y de carga ha tomado un poderoso impulso con el desarrollo cada día mayor de la aviación y el empleo de vehículos motorizados en carreteras asfaltadas, no por esto debe dejarse a segundo plano la construcción de vías férreas. Por lo que respecta a la América del Sur, cuyo extensísimo territorio es deficientemente poblado y explotado, cabe afirmar que, por un tiempo todavía muy largo, será el ferrocarril el principal factor de civilización y de progreso y, a su acción renovadora tendrá que atribuirse la fundación de nuevas ciudades, la conquista de tierras inexploradas, la mayor producción agropecuaria y el avance industrial, comercial y político de los pueblos que usufructúan de sus importantes servicios. De ahí que, el convenio suscrito entre los gobiernos del Perú y de Bolivia, para la prolongación de la línea férrea de Guaqui a Puno, significa un gran paso dentro del sistema ferroviario de América.

Luis TERAN GOMEZ.

(Especial para EL DIA).
La Paz, Bolivia.



El vapor "Inca", que hace la travesía con pasajeros y carga entre los puertos de Puno y Guaqui, por el Lago Titicaca.



El Embajador del Perú, señor Fernando Gamio Palacio, y el Canciller de Bolivia, señor Walter Guevara Arze, firman las notas reversales para la construcción del ferrocarril de Guaqui a Puno.

Árbol es patria. El que planta un árbol, ya ha engrandecido verticalmente la patria.

¡Taladores de bosques! Le estáis quitando su altura verde a la patria.

PUES que ha llegado el mejor momento para las tareas silvícolas, se ha de hablar de lo que significa poner árboles en la tierra. Estos años pasados, nosotros —los de la Junta Honoraria Forestal—, hablabamos de los “Bosques y Parques del año 2000”. Si ahora no usamos la expresión, sepase que no es porque haya variado el concepto. Es simplemente que tememos que llegue a aburrir el slogan.

Todo es uno y lo mismo. El concepto permanece. Estamos en que hay que darle al Uruguay árboles bastantes para alcanzar esa proporción de 25 por ciento que se necesita para merecer el título de país “equilibrado” en materia silvícola. No es manteniéndonos en el avergonzante 2 1/2 o 3 por ciento que lo vamos a lograr.

Hay que plantar mucho. Y no con la mira codiciosa de echar abajo los árboles apenas supongan un valor, con 15 o 20 años. Claro que habrá que llenar parte de las necesidades del país cortando aquí o allá, con discriminación, con tino. Pero se ha de considerar el problema de futuro. El deber que tiene esta generación con las que nos sucedan. Del año 2000 en adelante. Esto nosotros lo habíamos explicado bien.

Veamos otra vez el razonamiento.

Si hubo un país verdaderamente digno de la inmortalidad y que sirvió para tomar de ejemplo, ese país fue la Grecia desconcertante que hace su conjunto de genios: Sócrates, Hipócrates, Fídias, Sófoles, en tiempos de Pericles. La Atenas del “milagro griego”.

Y como se logró esa culminación? ¿Co



Árboles en el mar. Véase guarnecida de árboles toda una costa marina. Esa muralla vegetal detendrá la furia de los vientos, influyendo benéficamente el clima.

ALEGATO EN FAVOR DE LOS ARBOLES

mo se dinamizó emulativamente hacia el trabajo —trabajo de todo linaje— a las juventudes? Por el concepto. Se admitió en Atenas que toda generación que recibe de la presente un legado de riqueza material y de cultura, tiene que dejarle a la generación que sigue ese magnífico caudal acrecido. Y viene el esforzarse —el agricultor, el atleta, el escultor, el autor dramático, el arquitecto, el filósofo, el político— para imprimir un firme progreso a la actividad a la cual consagra cada uno su vida.

La patria se hace grande en todo sentido al superarse los ciudadanos todos.

Reclamen mejor mentalidad general los organismos que fomentan la cultura; acentuación del vigor los centros oficiales y particulares que encarrilan los deportes; producción mejorada las autoridades que tienen que entenderse con actividades pecuarias; modernas manufacturas las cámaras comerciales; más higiene el Ministerio de Salud Pública y sus coincidentes.

A nosotros, los hombres de la Junta Honoraria Forestal nos corresponde lo que se refiere a los árboles. Y hablamos de esta manera a la ciudadanía:

—Observad, orientales, que tuvimos honrosa herencia de aquellos que nos precedieron en este suelo. Nos dieron eso: el suelo —el suelo de la patria—, fecundado con sangre de nuestros abuelos. Gracias a esa sangre, ofrecida tantas veces en la más sublime inmolación, se nos dio con la patria lo que más significa en la vida: la libertad. La libertad, que vale más —oigase bien— que la misma vida. ¿Es que no vamos a resultar dignos de tan grande herencia? Sin duda que sí. Y para demostrarlo, junto con el acrecentamiento de la cultura, vamos a dejarle a los hombres del año 2000 una considerable riqueza forestal: la misma que influenciará benéficamente el clima; la misma que va a ofrecer amplios motivos de belleza por todo el territorio; la misma que va a impedir que ricas tierras, descompuestas por el mal de la erosión, se pierdan vanamente en el mar; la misma que va a proporcionar madera —para combustible, para construcciones, para muebles, para herramientas, para pasta de papel, etc.—, evitando la terrible sangría millonaria de la importación, que si ahora es de 20 millones, en el año 2000, si no se forman los grandes bosques por los que bregamos, será superior a los 100 millones.

Hemos retrocedido en materia forestal, ya que no hay proporción entre lo que se ha venido plantando en los últimos 50 años y lo que se ha venido destruyendo en cien. Diganlo los magníficos montes que la naturaleza había creado, con especies durisimas, valiosas, en las márgenes de ríos, arroyos y en las serranías. Mucho hizo, sin duda, la codicia. Pero es que ha faltado —y no se ha difundido aún bastante —el amor al árbol.

La codicia de algunos hombres hizo que se talaran brutal y despiadadamente los mejores bosques indígenas, cuyas variedades, con madera dura codiciable, variedades que tardan mucho en crecer, desaparecieron de zonas enteras.

La falta de amor al árbol, como mal casi general, no puso valla a la codicia, con lo que se destruyó una riqueza forestal varias veces centenaria.

Hay, pues, que crear riqueza forestal de nuevo. Tenemos un millón de hectáreas —entre serranías, arenales, bañados y lugares salitrosos— que no sirven para nada. Son lugares inaptos, no ya para labrar, sino que hasta para mantener un simple rebaño de ovejas.

Pero si ponemos allí árboles, éstos, a la vuelta de 40 o 50 años, significarán millones, muchos millones. Y serán, además de riqueza, ornato y salud.

Vease que hablar de los “Bosques del año 2000” no es, simplemente, usar una expresión lírica, bella y poética.

¡Que bien cantaba a los árboles aquel dulce espíritu que fue, en la Junta Honoraria Forestal, eficientemente compañero César Mayo Gutiérrez! Como “recordar es recobrar” (la afirmación es nuestra aquí lo tenemos, a nuestro lado, en espíritu, repitiendo aquellas bellas palabras, especie de canto —de oración si se quiere— que hizo a pedido expreso:

“Amemos al árbol. El árbol es útil. El árbol es bello. El árbol es bueno. Unos árboles nos dan su fruta sabrosa. Otros, la gracia de sus flores. Otros, la frescura de su sombra. Y todos son beneficiosos. Mientras viven, atraen la lluvia bienhechora, suavizan el clima, sanean los pantanos, conservan los cauces de los ríos y arroyos y evitan que las tierras fértiles sean arrastradas al mar. Los vientos fríos se quiebran en sus ramas; purifican el aire y lo enriquecen con su oxígeno; ofrecen abrigo a los animales contra el sol del verano y el rigor del invierno, y van

creciendo en silencio, mientras nosotros trabajamos o dormimos, para hacer más fácil, más productiva y más grata nuestra existencia. Y después de caídos, nos dan la madera con que se hacen las vigas y las puertas de nuestras casas, y los mil objetos indispensables de que nos servimos; y la cuna donde fuimos mecidos; y la leña y el carbón en cuya lumbre cocemos nuestros alimentos y a cuyo calor se congrega nuestra familia en las heladas noches de julio; y la celulosa con que se fabrica el papel en que se imprimen el libro o el periódico, que nos traen la ciencia, los hechos, el ingenio y las esperanzas de otros hombres. Preservemos al árbol de la destrucción innecesaria y multipliquémoslo cuanto nos sea posible.”

¡Que castigo el nuestro por haber destruido riqueza forestal y no haberla sustituido y hasta multiplicado! Ahí está el clima, cada vez más cambiante. Y eso lo experimentó dramáticamente una zona de Norte América no hace mucho, allí donde se permitió una tala desconsiderada, casi unánime, de su arbolado. Los técnicos lo consignaron bien.

Nuestra meteorología se ha hecho endiablada al empobrecerse silvícolamente

el Uruguay. Los hombres nacidos en las dos últimas décadas del otro siglo afirman que hace 50 años las estaciones eran definidas y no “locas” como las actuales.

Por no tener ni el 25 por ciento de la superficie del Uruguay árboles, el clima causa trastornos de toda índole: evasión de 20 millones por año en importación de maderas, enfermedades en los pobladores, mortandad en las haciendas, contrastes en la agricultura, falta de agua en el subsuelo, largos períodos de sequía, acumulación de lluvias en otros momentos y, lo peor de todo: que se nos van las mejores tierras al mar por la erosión, esto es: que nuestro territorio se hará, con los años, si no se pone remedio, inapto para sustentar una raza vigorosa.

El día que tengamos arbolado el 25 por ciento del área territorial, habrás solucionado —¡al fin!— este problema forestal, el estado desastroso que denunciemos; se habrá redimido meteorológicamente el país. Y con ello se habrán afirmado la salud y la economía generales.

Digase si hay asunto nacional con más vastas proporciones. Le toca todo: lo higiénico, lo económico, lo estético, lo social, lo industrial...

Campo con árboles es campo alegre, de esperanza...

Con esperanza y alegría ya tenemos al hombre feliz.

Vicente A. SALAVERRI.

Fotos de la Oficina Nac. de Turismo. (Especial para EL DIA).



Árboles en la tierra. Ellos han hecho de un trozo de suelo pobre, un bosque valiosísimo, que representa ya una fortuna. Ninguna herencia más noble que la que deja el plantador.



"La Anunciación", del Museo de San Marcos, en Florencia; una de las muchas versiones de este tema que realizara el Angélico.

decer en el siglo XIX y que justifica la posición admirativa de buena parte de la humanidad actual, se basa en razones de orden extra estético. Difícilmente, cuando las gentes se refieren al Angélico, señalan en su obra valores de carácter pictórico ni siquiera caen en ese fácil y gratuito concepto comparativo que permite la coincidencia que señalamos más arriba y que se advierte en cuanto nos informamos de la cercanía de origen territorial entre dos de los más poderosos dibujantes de la escuela florentina y el de uno de sus más exquisitos coloristas. Como siempre, la anécdota se impone a la realidad de una obra. Y frente a su copiosa y madura producción pictórica, está el convencimiento del gesto que puntualizó un biógrafo asaz imaginativo: el Angélico se purificaba para pintar a la virgen: el Angélico la pintaba de rodillas. La imagen es traidoramente atrayente, y después de conocida, resulta imposible, o poco menos, observar las madonnas del pintor toscano sin rever la actitud pia, sin intentar descubrir, tras la figura, la motivación mística, la unción superior que una tradición muy firme le asegura.

Lo notable es que todos tienen sospechas de que el hecho no se dio; los que visitan el convento de San Marcos y ven la altura media a que están colocadas algunas de las vírgenes pintadas al fresco tienen, además, la seguridad más absoluta de que la dignidad del dominico no permitió colocar andamios especiales para pruebas genuflexas de acrobacia. Pero de cualquier manera, la idea sigue siendo atrayente. Y hasta augustos y barbados profesores de historia del arte, afirmando a sus atentos discípulos que la pureza suprema del espíritu del monje exigía esa voluntaria prueba de sumisión. En el fondo, como fácilmente puede comprobarse, la tesis sostiene la prueba de la inspiración divina en la factura de los rasgos de la madre de Cristo. Y no faltaron, tampoco, ilustradores que representaran, gráficamente, esa experiencia para confirmar el aserto; se trató, claro está, de dibujantes que jamás pinta on al fresco ni conocieron, nunca, la técnica antigua de temple al huevo. En esa aparente discrepancia de artista y monje, de Apelles y de religioso continuamente preocupado por lo celestial, los tratadistas precipitados que poco saben de historia y nada de pintura, se inclinaron por la segunda posición. Y era, entonces, inevitable, que una preocupación ajena a lo estético die-

EL día 18 de marzo de este año, se cumplieron quinientos de la muerte de uno de los pintores más gustados por la humanidad en los últimos tiempos: Guido di Pietro, también llamado Guidolino, aunque la posteridad hubo de conocerlo, mejor, con el nombre de Fra Giovanni Angelico, o Fra Angélico. Murió en Roma, término de su largo peregrinaje italiano y allí en Santa María Sopra Minerva se encuentran sus restos.

Como un símbolo no buscado de su ubicación espiritual en los inicios del siglo XV, tuvo que reposar —que así se decía entonces— en una iglesia cristiana edificada sobre los restos de un templo pagano. La inscripción funeraria no olvidó su condición de artista, que destaca en primer término: "Hic jacet Venerabilis Pictor Johannes de Florentia Ordinis Praedicatorum", pero su condición religiosa se confirma en los dísticos, también latinos, que están grabados sobre la piedra tumbaria y que, sin prueba documental por cierto,

se atribuyeron al papa Nicolás V: "Que no se me elogie por haber sido otro Apelles, sino por haber dado a los tuyos, oh Cristo, todo lo que gané".

"Si una parte de mis obras queda sobre la tierra, la otra fue al cielo".

"La ciudad que es flor de la Etruria me trajo al mundo, a mí: Juan".

Pese al símbolo que los últimos versos indican y que sin duda se refieren a Florencia, la ciudad de las flores, lo cierto es que el monje pintor nació en un pe-

queño poblado del valle del Mugello llamado Vicchio; a poca distancia de allí, pero más de cien años antes, había nacido Giotto, el augusto pilar de la nueva pintura; y también en los alrededores, unas decenas de años después, vería la luz Andrea del Castagno, el dramático pintor de la Santa Cena en Santa Apollonia.

*

El auge estimativo que Fra Angelico conoció durante siglos, que hubo de recru-

ticamente, esa experiencia para confirmar el aserto; se trató, claro está, de dibujantes que jamás pinta on al fresco ni conocieron, nunca, la técnica antigua de temple al huevo. En esa aparente discrepancia de artista y monje, de Apelles y de religioso continuamente preocupado por lo celestial, los tratadistas precipitados que poco saben de historia y nada de pintura, se inclinaron por la segunda posición. Y era, entonces, inevitable, que una preocupación ajena a lo estético die-

EN EL QUINTO CENTENARIO FRA ANGELICO DA FIESOLE



Una celda del Convento de San Marcos: la correspondiente a Savonarola. El retrato que se exhibe sobre la mesa de trabajo es de Fra Bartolomeo.



San Doménico de Fiesole, iglesia del siglo XV (campanile y pórtico), que es toscano.

una estima que se sostiene sin
por lo artístico.
Y ese buen pintor que se llamó
Angélico siguió viéndose en
dimes y diretes que participan
de los chismes de comadres, y de
esa preocupación primó entre
registras y sus detractores que du-
glos la mayor parte del mundo su-
marlo o negarlo, sin ver, cierta-
ver, sus pinturas. La prueba en
era inevitable, y bastó con vol-
revés el guisado que con la his-
se venía haciendo: más pintor que
más Apeles —a la manera paga-
de religioso. Si, dijeron los del otro
pintor de vírgenes, sí, pero pintor
de apocípticos; pintor de ángeles,
de multitud de ángeles, pero to-
del sexo femenino; ángeles ru-
cliciosas, tan carnales como puede
serlas la imaginación pecaminosa de
escente del sexo masculino. Al
teato le gustaban las jovencitas y
encia profesional lo obligaba a vestir-
adosamente y a darles apariencia
lidad. Goya fue otro de los que
"ángeles" en vez de "ángeles", y ya
os que en su historial temprano se
tra el rapto de una monja.
topaces de concebir que la sensorial
del pintor puede casar sin violen-
la del monje, aunque éste perte-
a los dominicos de San Marcos de
ecia, donde fue arrestado Savona-
sensibles a la inevitable admisión
pueden convivir los extremos, sin
a y de que, a fin de cuentas, esta
tancia que explica una posición hu-
sólo punto de apoyo parcial pa-
juicio, los jueces del Angélico —y
público lo es en mayor y menor
— decidieron que ese punto era el
mental y hasta el único a tener en
Así, entonces, el análisis crítico
monumentalmente, encaminado a descu-
través de los signos pictóricos, el



"San Lorenzo recibe del papa los tesoros de la iglesia", fresco del Vaticano.



"San Domingo y el crucificado", fresco del convento de San Marcos, en Florencia.

NO DE SOLE

espíritu ungido de santidad o la inquie-
a ansiedad pecaminosa que guiara al ar-
ista. Las pinturas se vieron como tests
psicológicos. El hombre, cuya vida se
desarrolló sin preocupación espectable,
uvo convertida su existencia, después de
muerto, en el motivo directo de preocu-
ación de quienes hubieron la posibilidad
de gozar su pintura. Y así se dio, entonces,
una paradoja real, de absurdo manteni-
miento: uno de los pintores más apre-
ciados de la antigüedad persistió aprecia-

la orla beatifica y de la actitud teatral
en el oficio. Ya es bastante decir, pues
cuando se contempla un cuadro sinóptico
de las personalidades que por esta época
se dieron cita en la península y se van
calibrando sus jerarquías comparativamen-
te, difícil resulta la selección de unos po-
cos. Que a aquellas personalidades de tan
augusto tiempo les cupo la penuria de
aspirar a grandes entre los grandes, lo
que de cualquier manera es aventura de
gran aliento. Y cuando de pintores se tra-
ta, la lista de artistas importantes es tan
larga y los individuos que la integran de
tal entidad, que la relación no siempre
permite la primicia. Los más singulares,
entonces, son los que, por esa condición
distintiva, se imponen. Entre ellos cabe,
sin duda, el Beato.

Los críticos han llegado a distinguir las
directivas estilísticas de las obras del
quattrocento y del cincuecento, y en esa
discriminación los artistas que se ubican
a caballo entre los dos siglos y las dos
tendencias —como, por ejemplo, Leonar-
do—, constituyen problema apasionante.
No está, todavía, tan clarificada la inves-
tigación de la formalidad plástica entre
el quattrocento y la centuria anterior. Pe-
ro es evidente que el sentido material, la
fuerza naturalista, la formidable experien-
cia sensorial de Masaccio por una parte,
y por otra la especulación geométrica del
Brunelleschi, dominan toda la realización
del siglo XV, y estas directivas, que re-
cién lograrán conjunción y asentamiento
definitivo en Rafael y en Fra Bartolomeo,
diferencian las obras de ese tiempo del
entender más discursivo de la forma, que
es lo propio del Medievo. Pues bien:
Fra Angélico se encuentra, por el trans-
curso de su vida, a mitad de camino en-
tre las corrientes. Ciertamente empieza
a pintar —por lo que la documentación
permite establecer como seguro— cuando
es ya hombre maduro y ya es entrado el
cuattrocento; pero también puede afirmarse
que fue aprendiendo desde mucho tiem-
po antes, cuando jovencito; y que bus-
có, también, enseñanza directa en las
grandes pinturas que por el tiempo
aquel se destacaban. Así, a través de
los frescos del Carmine en Florencia,
buscó experiencia en Masaccio, y la es-
cuela umbra fue, por otra parte, sostén
de su camino escolástico. Pero, a pesar
de compartir, entonces, las inquietudes del
período crítico en que le toca vivir, el
Beato es un rezagado. Su entender del
planteo pictórico está muy vinculado a la
ilustración y a su aplicación decorativa.
Por eso, de los grandes revolucionarios de
su tiempo, toma las consecuencias plás-

de ante la indiferencia del mundo que,
sin embargo, pasó por generaciones de-
lante de sus pinturas, sin verlas.

El fenómeno apuntado no es único en
la historia de las relaciones del mundo y
del arte. En la mayor parte de los casos
más señalados, la anécdota curiosa sostiene
al aprecio y en holocausto a ella se priva
el hombre de percibir directamente la
obra a la que la conseja está ligada. En
nuestro tiempo, Salvador Dalí sabe bas-
tante de este fenómeno y lo explota in-
teligentemente; pero ya estamos más avi-
sados y esperamos que las generaciones
futures sepan también y mejor justipre-
ciar valores; no será extraño que, de este
caso, la posteridad mantenga tan sólo el
precioso documento que significa su auto-
biografía. En este grado de la paradoja,
es factible que un pintor así ubicado men-
talmente, de como saldo de su producción,
una obra literaria.

Los quinientos años de Fra Angélico da
Fiesole constituyen ocasión preciosa para
una más justa puesta a punto de su obra.
Las fechas de aniversario son, bien lo sa-
bemos, momentos circunstanciales. Pero,
de cualquier manera, concitan la atención
del mundo; el motivo del festejo pasa a
ser asunto atractivo.

Toda la gente que, hasta ahora, gustó
de la obra del Angélico y buena parte de
la que ignoró tranquilamente su existen-
cia y su labor, sienten acuciado el interés
inmediato; y la obra señalada por la fe-
cha es asunto de natural preocupación.
Por eso sentimos que había sobradas ra-
zones para dedicar buen espacio de esta
recordación al fenómeno de la estima-
ción extra estética. Ya se ha batido el
parche, a raíz del festejo, con relación a
los hechos enunciados más arriba; no será
extraño que se continúe hablando en el
sentido expuesto. Y la verdad es que la
contingencia presente bien puede aprove-
charse para recapitación mejor; por eso
convenía destruir el falso mito. Que sin
ese apoyo, fácilmente literario, los falsos
panegiristas serán más cautos; y para to-
dos, el juicio, falto de apoyo narrativo
por el que derivar ese algo que decir al
que se sienten obligados, tendrá que bus-
car el único sustento que la pintura otor-
ga y que, también, puede llevar al si-
lencio.

En el inmenso panorama de la pintu-
ra del Pre-Renacimiento y del Renaci-
miento italiano —que son, a fin de cuen-
tas, un solo capítulo de la cultura— la
figura de Fra Angélico puede sostenerse
con destaque, aun cuando se la prive de

ticas de sus experiencias, para la aplica-
ción ornamental en el plano, pero obvia,
precisamente, hasta la última etapa de su
vida, acometer la experiencia, integrar di-
rectamente la revolución posible. El Angé-
lico se presenta, entonces, como el ser
que recapacita sobre los impulsos empi-
ricos de su tiempo; que los resume y per-
mite establecer su vigencia permanente.
En toda época se necesitó del individuo
que no persiguiera más novedades, que
no intentara nuevos impulsos; que sim-
plemente hiciera el resumen sereno de la
actividad compleja; tal fue, para su gene-
ración, el pintor dominico.

Y esa actitud se descubre, controlando
hasta el conjunto de sus obras más di-
rectamente vinculadas a la observación
del mundo que lo rodea, como la gran
crucifixión de la Sala del Capitulo en
San Marcos o las grandes decoraciones
del Vaticano. También cuando experimen-
ta con las calidades de las telas o con las
de los mármoles jaspeados y lo trans-
forma todo en una deliciosa relación de
colores. No está ajeno, tampoco, a esa ac-
titud, el amañamiento de su dibujo en
algunas de sus obras más difundidas, pe-
ro también el procedimiento, permitió sus
muy precisas construcciones de figuras,
sólidamente trazadas y la riqueza exquisi-
ta del tono y el matiz en sus brillantes
temples y en algunos frescos de las cel-
das monjes del Ospicio.

Italia tendrá este año dos lugares de pe-
grinaje para los buscadores de emocio-
nes estéticas en relación con la obra de
Fra Angélico da Fiesole: el Convento de
San Marco, en Florencia, mantendrá, se-
guramente, la condición ineludible de gran
recinto de su más extensa actividad hu-
mana y artística, y aunque se despojen sus
salas de museo de las brillantes tablas
que lo enriquecen, allí seguirán presen-
tes algunas de sus obras capitales, como
la gran Crucifixión, que señalamos más
arriba; el Vaticano será, por su parte, el
centro oficial de esas actividades recor-
datorias y allí, por primera vez, la obra
del Beato Angélico desafiará, ante la con-
sideración pública, la comparación inevita-
ble con lo más importante de Rafael y
de Miguel Ángel. Despojada esa obra de
consideraciones anecdóticas, agrupada en
torno de la serie de sus grandes y últi-
mos frescos, tendrá el acento de impor-
tancia que los actos del festejo permiten y
podrá resistir, sin duda, comparación tan
difícil y riesgosa.

Fernando GARCIA ESTEBAN
Especial para EL DIA.



Alguna de las obras capitales del maestro

ALBERTO GHIRALDO

YO había crecido con la superstición de un mosquetero tallado, vigoroso, de grandes y afilados bigotes, con voz de trueno y ademán estatuario. El autor de "Yanquilandia bárbara", el terrible novelista de "Humano ardor", el poeta libertario digno de Almafuerite y de Angel Falco, debía ser así. Una tarde llamaron a mi oficina de "Ercilla". Un hombreillo ligeramente curvado de espalda, de ojos claros casi transparentes, el bigotillo rubio y retorcido, la voz mayor que el tamaño de su dueño, la peluca larga, rubia blanqueante caída sobre el cuello duro. La voz, repito, no me había defraudado. "Soy Ghirardo", me dijo, zumbando harto la "GH", como una "Ye" a lo argentino. Traía bastón bajo el brazo. La mano se tendía sin dobleces. Comenzamos a hablar...

Ghirardo, de regreso de la gloria literaria, amigo íntimo de Rubén Darío, de Gómez Carrillo, de Fombona, de Ugarte, de Palacios, de Lugones, del gran don Benito Pérez Galdós de Pérez de Ayala, de Pi y Margall, de Unamuno, de Francisco García Calderón, de cuantos y cuantos, Ghirardo regresaba a la bohemia, a la peor bohemia de todas, la pobreza de la ancianidad. Me dio vergüenza por mí mismo, por mi gente, por mi América. Ghirardo no se percataba de mi actitud, de mi sonrojo. Proponía ediciones, tejía recuerdos, hablaba con acento fuerte, tajante, y ¡yo que conocía sus entretelones! Porque Laureano Rodrigo, su paisano y piloto de "Ercilla", estaba decidido a ayudarlo:

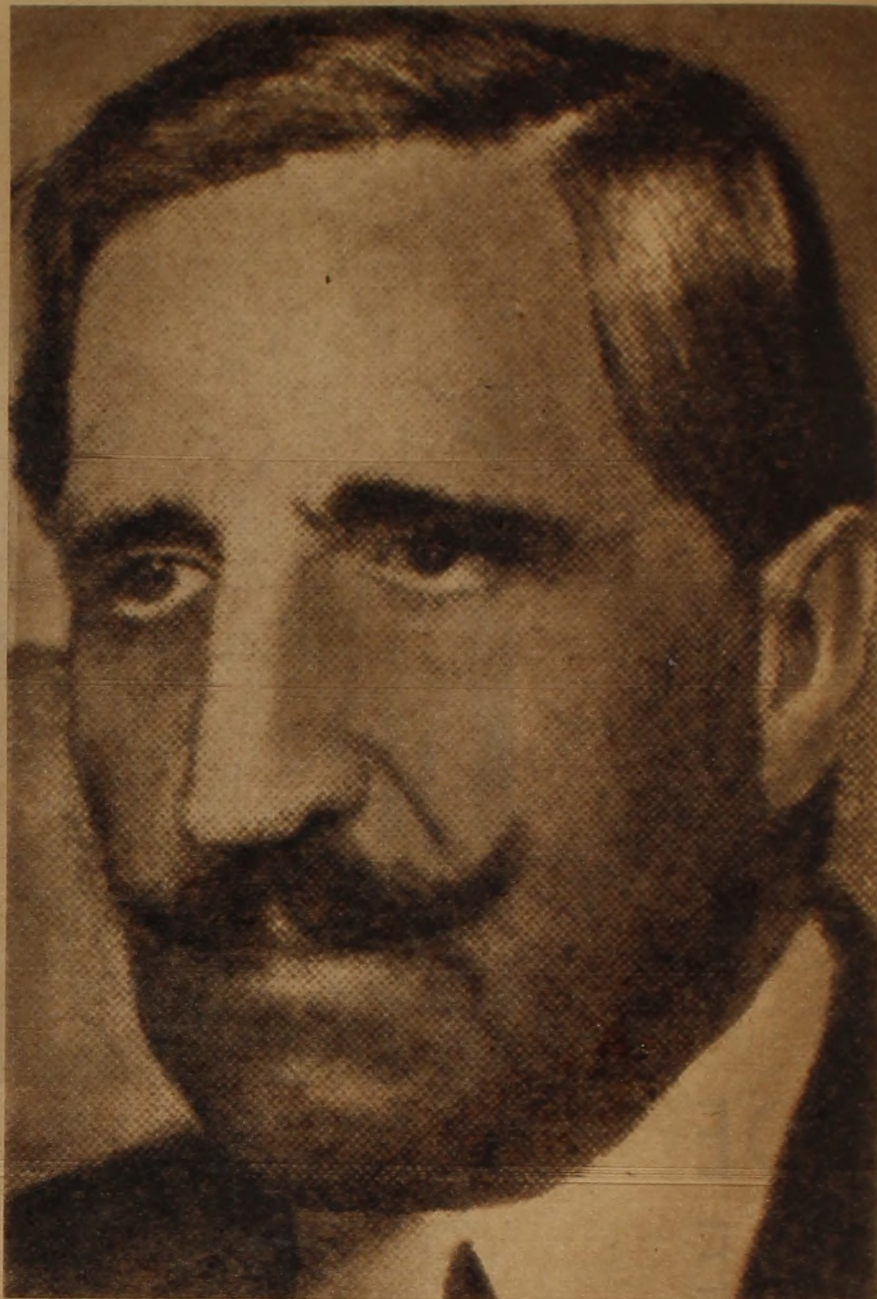
—Mi-mi-mire, Lui-Alberto — me dijo J. Laureano, el editor— tragándose las letras y duplicando las sílabas: e-este Ghirardo merece ayu-ayuda. Es un hombre de cuerpo entero. Publiquémosle todo lo que se pueda.

Por mis manos desfilaron, escritos con una letra muy uniforme, grande, en cuartillas pequeñas (en esto se diferenciaban de las cuartillas de Joaquín Edward Be-

llo), los originales de "El pensamiento argentino", "Cancionero libertario", "Cuentos argentinos" de Ghirardo, "La novela en el tranvía" de Galdós, el proyecto de un novelín de Darío. No sé por qué se interrumpieron las relaciones con Ghirardo. Ni por qué publicó en otra editorial de Chile (después en Losada, de Buenos Aires), "El archivo de Rubén Darío". Había estado la guerra de España. Supe que Ghirardo tenía un familiar muy cercano en Madrid o en Mallorca, no lo sé bien, y que esperaba ayuda del antecesor de América, ignorando que estaba más urgido de apoyo que cualquiera, Ghirardo seguía viviendo, o yendo a almorzar, al Hotel Español, de la calle Merced, donde Eustaquio del Barrio, republicano de siempre, ejercía un patronazgo que pretendía disputarle Augusto d'Halmar, también contertulio del restaurante. De mañana, Ghirardo estaba en la librería "La Ocasión", calle de San Diego, donde el padre de los Torres Segura, sus actuales propietarios, congregaba a bibliófilos, anarquistas y republicanos españoles. Sin embargo, Ghirardo había mudado de editorial. Lo sentí de veras.

Ya nos reuníamos a veces en el Portal Fernández Concha o en el Bulnes. Sobre todo cuando me retrasaba de noche. Ghirardo, uno de los últimos caballeros de la capa y el trasnochar, tenía su "peña" en un cafetín en la esquina de Merced y Portal Bulnes, café al que se le denominaba significativamente "de la Puñalá". Puñalá del viento nocturno, que resultaba en neumonías; puñalá de noherniegos belicosos y alcohólicos, por entre los cuales se deslizaba la capa con bastón de Ghirardo, ya destituido del antiguo sombrero alón, hoy más modesto cobre su cabeza leonina.

La charla de Ghirardo era de las más sabrosas. Saltaban a su verbo figuras de todo calibre. Y Madrid, y Buenos Aires. No quería volver a su ciudad, casi derro-



Alberto Ghirardo.



tado. La pobreza le había centuplicado el orgullo. Había peleado bravamente, planeando empresas ciclópeas. Aquella "Antología americana" en 20 tomos, de que salieron sólo 5, y las obras completas de Darío, y las de Martín, y todo lo que fuese interminable, eso tentaba a Ghirardo. No tenía gusto muy seguro, y su información daba saltos pero conocía de veras a fondo nuestro siglo XIX. Su anarquismo se había mantenido insobornable. Juraba como un discípulo de Kropotkin. Citaba Malatesta, Sorel, Matilde Serao. En cuanto a literatura, seguía atado a la memoria del Modernismo, y, sin embargo, él lo había sido sólo en cuanto al entusiasmo. Aunque admiraba a Rodó, su tono se acercaba más bien al de Vargas Vila. Profesaba la religión de la rebeldía. Recuerdo cómo se encandilaba cuando hablábamos de González Prada. Comprendí entonces que era uno de nuestros vínculos. Lo merodeamos multitud de veces.

Cuando yo conocí a Ghirardo, éste se hallaba alrededor de los sesenta. Nacido en 1874, no encontramos hacia 1934. Hablaba de la literatura y de la Justicia como quien menciona a una novia, empero no desdeñaba guiar el ojo cuando pasaba una buena moza. De noche, en primavera y verano, desprovisto de capa, se deslizaba sigilosamente por los barrios medianos, se le veía merodeando beldades tolerantes por la plaza de Santo Domingo, la calle Puente, la Plaza de Armas, todo eso en Santiago, y luego, se dirigía, bastón en ristre y un aria de zarzuela humeando bajo el rojizo bigotillo retorcido, al café de "La Puñalá" donde le esperaban los grandes amigos anarco-republicanos.

Así nos tratamos largo tiempo. Don Rodrigo Soriano, embajador de España, nos reunía a veces. Era don Rodrigo, según se sabe, un hombrón en toda la extensión de la palabra. En estos días hemos estado hablando de él con otro valenciano, Julián Gorkin, y otro, Eugenio Fernández Granel, y con un vasco, Jesús de Galíndez, y todos coincidían en apreciar sin regateos la estupenda personalidad de don Rodrigo. Pues Ghirardo, y Torres Segura (bibliógrafo y bibliófilo eximio fue Soriano) acu-

dian a menudo a la Embajada en la Avenida de las Delicias, a la que ahora llaman, espesamente municipal, de O'Higgins.

Después nos dejamos de ver. Amenudo pregunté por él. Entre 1941 y 1946 me absorbieron viajes largos y deberes cortos, pero intensos. No supe a tiempo que en 1946, un invierno crudo se había llevado a Ghirardo, en Santiago de Chile. Paseaba, como de costumbre, su amor a la noche, irreductible rebeldía su lealtad a sus ideas y principios. Ni siquiera me he informado de si su entierro estuvo concurrido y por quienes. Me imagino que no faltarían los españoles, ni los intelectuales chilenos. Pero, uno se equivoca a menudo en esta clase de profecías del pasado...

Nada casi ha quedado de la obra acente de Ghirardo. Sin embargo, la otra tarde andaba yo en busca de unos informes, y en la Biblioteca de la Universidad de Puerto Rico, tropecé con su nombre en un fichero ad hoc. No pude resistir a la tentación. Llené mi papeleta y saqué a casa varios libros del gaucho bohemio. A medida que los leía veía surgir frente a mí su generosa figura. Su efigie de incansable trabajador de las ideas. Me sentí atribulado. Tuve la acre sensación del arrepentimiento, como si yo hubiese cometido una injusticia, y me volví sobre mis recuerdos a balbucear una excusa cuando asomara el de Ghirardo. Después pensé que no bastaba. Y me vinieron a las teclas las cuartillas de este homenaje insuficiente, que trata de urgir a quien sea a rendir un homenaje bastante a la memoria y a la obra del amigo de Darío y de Galdós.

"Por tus obras te conoceré" dice la Escritura, y añadimos: y por tus amigos. El bohemio Ghirardo pasó con su capa de Me-fistófeles apagado, con sus bigotes de Aramis rubianco, con su melena de Jaymes Freyre, y su andar encorvado y ligerito de gorrión en acecho: pasó. No de nuestro corazón ni de nuestro agradecimiento. No de su trunca victoria, de su innecesaria y llameante frustración.

Luis-Alberto SANCHEZ.

(Especial para EL DIA).

"Todo concuerda armoniosamente en ella para sugerir una impresión de tristeza noble, de elegía en tono heroico".
J. E. Rodó.

EN la plenitud del siglo XX, en medio de una era de energía atómica y de febril vivir, la pequeña y solitaria Pisa duerme un maravilloso ensueño de arte y heroísmo sin igual. Y diríase que lo hace, acunada por el recuerdo del divino Alighieri, bajo la sombra de su oblicuo campanario, añorando aquel romance de poesía incomparable que vivieron la encantadora Condesa de Guiccioli y el taciturno Lord Byron en el comienzo del pasado siglo.

Fue Pisa también la ciudad de luchas y conquistas, güelfos y gibelinos cruzaron sus audaces espadas por sus estrechas calles y palacios y vio partir a sus heroicos Cruzados de San Esteban con sus lanzas en ristre, sus rodela y sus pendones, enhiestos y fervientes, hacia la Tierra Santa.

El Arno, monótono y opaco, divide a Pisa en pasado, y presente y futuro. Pero para quien va desde estas modernas latitudes de América y cruza el Atlántico con sed de arte y belleza es la Pisa antigua, la "morta", la del pasado, la que interesa y conquista.

Llegar a ella en un atardecer de verano, cuando comienza el crepúsculo y el sol se oculta tras las montañas que lejanamente la rodean y ver la ciudad, sumida en una penumbra dantesca que todo lo uniforma con el color de los años, en un espectáculo inolvidable. Todo es quietud y claroscuro, la tónica que debe primar para contemplar y captar en lo hondo toda manifestación de remota belleza.

PISA, UN ETERNO DIALOGO CON EL SILENCIO

Cruzando el Arno por el puente Solferino ya nos encontramos con la primera de sus muchas maravillas. Es la diminuta iglesia de la Espina al borde mismo del río. Toda en mármol blanco, llámase así por guardar una espina de la corona de Jesús, y parece una filigrana de nieve con sus agudas agujas en medio del grisáceo y terroso conjunto.

Junto al río también una antigua fortaleza florentina que data de la dominación de los poderosos Medicis sobre esta ciudad en los siglos XVI y XVII.

Finalmente aparece la gran planicie que Gabriel D'Annunzio llamara la "Plaza de los milagros", considerando a cada obra de arte como uno de ellos. Y allí están: el enorme Duomo, la torre inclinada y el Bautisterio delante del famoso Campo Santo. Vistos en la noche, sabiamente iluminados por una luz argentada, diríamos de luna, pensamos que D'Annunzio los llamó así con sobrada razón.

Los tres en el más puro estilo románico, tres joyas de mármol con una gracia y una levedad inigualables en sus columnas, capiteles y arcos.

El Duomo, enorme y majestuoso, tiene en su frente unas maravillosas columnas de increíble talla que fueron traídas de Santa Sofía de Constantinopla; así como las sesenta y ocho del interior que pertenecían a templos paganos en Jerusalén y en Arabia y que llegaron como trofeos de guerra cuando Las Cruzadas. Es por eso que sus capiteles son de distintos tamaños, colores y dibujos y que todo el que entra

en el Duomo lo nota, no pudiendo explicarse a qué se debe esto, que parece un raro capricho arquitectónico. Desde la puerta de atrás que es la más antigua y fue hecha en 1180 por Giovanni Pisano, en bronce sobre madera y en estilo románico bizantino y fue lo único que subsistió cuando se incendió en 1600, pasando de este modo a ser la puerta más antigua de toda Italia; hasta el artesonado de madera del techo; las pinturas de Andrea del Sarto y de Juan de Bologna o el altar mayor en lapizlázuli y malaquita, todo dentro del Duomo habla de un arte y de unos artífices que consagraron su vida en la inmortal belleza de la forma o del color.

Pero es el púlpito, obra también de Giovanni Pisano, quizás lo más maravilloso que guarde Pisa dentro de sus ancestrales murallas. Esculpido en 1302, en mármol blanco de Carrara, está sostenido por columnas con las alegorías de las virtudes y dos grandes leones adosados a ellas. Además, siempre en el basamento los cuatro evangelistas y un motivo simbólico de la victoria de la fe sobre el paganismo. La parte superior, está formada por nueve recuadros con un total de ochocientos cincuenta figuras que representan la vida de Cristo. La transparencia de los calados, las expresiones de los rostros, el movimiento y la sensación de vida que irradia es tal, que uno se olvida que se está ante un bloque de mármol, transformado por la mano mágica de un hombre.

Si hermoso es el púlpito, la gran lám-

para de bronce que data de 1500 y está colocada en la nave central tiene el enorme valor histórico y científico que dio a uno de los hijos de esta sabia ciudad la consagración mundial. Fue Galileo Galilei quien una vez, viéndola moverse, descubriera la ley del péndulo. Desde entonces pues, esta lámpara lleva su nombre.

A un lado el Bautisterio con su hermosa cúpula que sostiene una enorme estatua de San Juan Bautista de cuatro metros y medio, hecha en bronce y que se distingue a la distancia sobre el macizo de murallas que rodea a la ciudad. Al otro, la célebre torre inclinada, campanario de la Catedral, sutil encaje de columnas y arcos que se sostiene como un milagro del arte desde hace más de seis siglos. Detrás de todos ellos el Campo Santo con sus altos y parejos cipreses que parecen musiatr una fúnebre oración.

En la Plaza de los Caballeros palpita la austera sombra del Dante y nos lleva a mirar la antigua inscripción de una placa de bronce señalando el lugar en que se levantaba la famosa torre donde, junto a sus desesperados hijos, murió de hambre el Conde Ugolino, aquel famoso caudillo güelfo. Así, aquella pavorosa escena del Canto XXXIII del *Infierno* surge en toda la magnitud de su enorme fuerza realista.

En la misma Plaza la Iglesia de los Caballeros fundada en legendarios tiempos por los Cruzados de la Orden de San Esteban ostenta cantidad de trofeos de guerra, mascarones de proa, banderas turcas

y una raída y gloriosa enseña de la famosa Batalla de Lepanto.

La Escuela Normal Superior que viera desfilar a Galileo, albergó y sigue albergando en las aulas a los estudiantes más notables de Europa y del mundo entero. No lejos se levanta el Palacio Lanfranchi que debe el encanto irresistible de su fisonomía al no menos genial Miguel Angel. Allí también una placa nos dice que pasó una corta temporada de su vida el atormentado bardo inglés. Y fue tal vez la más hermosa y quizás por ello la más fugaz. Único momento en que un alma delicada e idealmente pura pudo hacer suya la del atormentado lord. Breve sueño de amor que duró lo que una efímera mariposa. Pero este palacio no guarda solamente el perfume de un romance pues aquí nacieron también muchos poemas maravillosos del autor de "Childe Harold".

Se conserva también la casa donde se hospedó a su paso por Pisa el autor de La Divina Comedia.

Tal esta pequeña ciudad, verdadero museo viviente que amontona en su reducido perímetro glorias y recuerdos de siglo tras siglo.

Todo en ella es vetusto, todo tiene larga historia y de sus monumentos y sus calles se desprende un sabor de una época y una vida que se fueron para no volver. Ahora sólo vemos por todos lados placas y mas placas que en la inmaterialidad de su bronce reviven a la celestial Beatriz o a la dulce Teresa que siguen y seguirán manteniendo su mudo diálogo de imborrables recuerdos.

Apenas a unas pocas cuadras, el bullicio de la vida diaria nos despierta, diciéndonos que aquello ha muerto y que es éste el mundo de hoy y del mañana. Pero, nos preguntamos ¿es que alguna vez el arte puede morir?

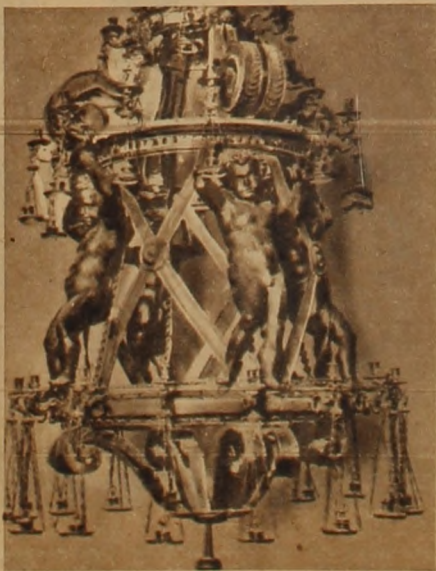
Susana SAIGADO GOMEZ.
Especial para EL DIA.



Panorama de la ciudad.



Púlpito Giovanni Pisano.



Catedral. Lámpara de Galileo.



Puente Solferino.



En el Banco de la República



En la "U.T.E"



En el Banco de Seguros.

MASKITA MACC

La máquina ultra-rápida
que mejor levanta
puntos de las medias

RAPIDA-SEGURA-ECONOMICA
FACILIDADES DE PAGO

Compañía
RECONS S.A.

CONVENCION 1374 Teléf. 91260 - 84997

En la Administración de Ferrocarriles.

RENOVACION DE AUTORIDADES EN LOS ENTES AUTONOMOS

En los días de la semana pasada se han realizado los actos ceremoniales de la posesión de cargo en los directorios de los Entes Autónomos y Servicios Descentralizados, incorporándose a los diversos institutos del Estado las personas recientemente designadas para desempeñarlos. Documentar estas fotografías diversos aspectos del cambio de autoridades de cada uno de los organismos estatales.



En el Banco Hipotecario.

El perfume del Romance

Colonia, Loción,
y también
POLVO FACIAL,
ahora en nueva y
lujosa caja.

Royal Briar

...aroma cálido y persistente!



En "P.L.U.N.A."



En el Consejo de Enseñanza.



En el "S.O.Y.P."



En la "O.S.E."



En la "A.N.C.A.P"



En la Caja Rural.



En la Caja de Jubilaciones de la Industria y Comercio.



En la Administración de Puertos.

INFORMACION LOCAL



Celebración del "Día de la Libertad de Prensa" realizada en el local del Círculo de la Prensa, acto en el que intervinieron prestigiosos oradores en representación de periodistas nacionales y extranjeros, y del periodismo radial.



Asamblea anual de la Sociedad de Fomento y Defensa Agraria de Rincón del Cerro para elegir nuevas autoridades y esbozar el futuro plan de trabajo.



BODAS DE PLATA de



Frenta del local en la actualidad.

25 años mereciendo la confianza del público

A esta honrosa preferencia correspondemos
con una oferta especial

Permanente
en frío

Regal

por sólo
\$ 18.-

Peinados CHEBI

En su único salón:

AVDA. 18 DE JULIO 1232.

TEL. 8.59.15 y 9.09.51



Auspiciado por Casa del Teatro del Uruguay, se realizó en los salones del Jockey Club un acto recordatorio en homenaje a Eduardo Fabini, pronunciando muy interesante conferencia sobre el gran músico nuestro compañero de tareas Roberto Lagarmilla, ilustrada por la concertista Lilian Navas Urrutia.





Nutre,
vigoriza,
fortalece

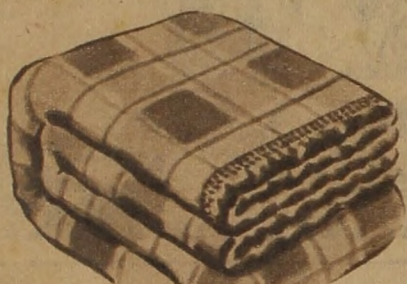
TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares

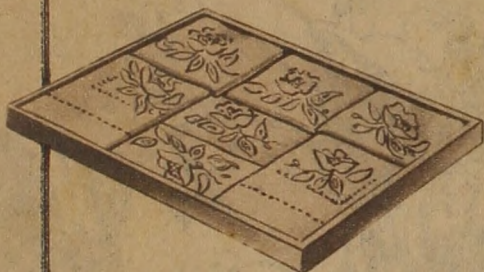


Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.

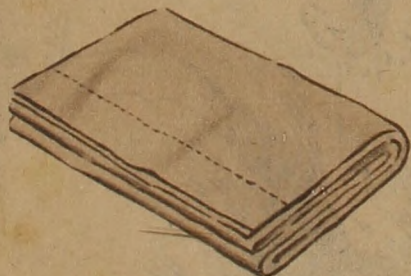
SUGERENCIAS
DE GRAN INTERES
PARA EL
HOGAR



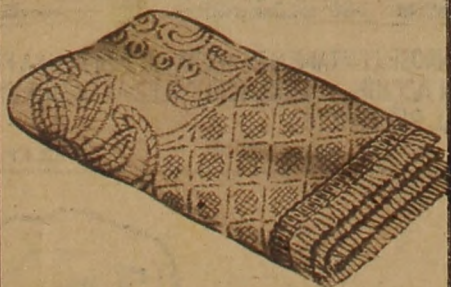
FRAZADAS de pura lana mo-
tivo escocés. Para 2 plazas
\$ 58.00. Para 1 plaza \$ **45.00**



JUEGO DE CAMA en Toile
de Menage, Inglés, esmerados
bordados blancos. Pa-
ra 2 plazas, el juego \$ **40.00**



SABANAS "NORA" tejido fi-
no y muy resistente. Para 2
plazas c/u \$ 13.00.
Para 1 plaza c/u \$ **11.00**



COLCHAS EN REPS de seda
gran surtido de colores, termi-
nadas con fleco-retorcido. Pa-
ra 2 plazas c/u \$ **32.00**

ACOLCHADOS con Volados de raso, doble faz.
Variedad de colores, interior lana. Para
2 plazas c/u \$ 65.00. Para 1 plaza c/u \$ **55.00**

JUEGOS DE ALFOMBRAS en pura lana importa-
das de Checoslovaquia, gran calidad, compuestos
de: 1 alfombra de mts. 1.20 x 1.80 y
2 alfombras de mts. 0.65 x 1.50. El Jgo. \$ **200.00**

JUEGOS DE MANTEL mercerizados, importados
de Holanda. Medida 1.37 x 1.83 con 6 servilletas
el juego \$ 30.00. Medida 1.37 x 1.37
con 6 servilletas, el juego \$ **25.00**

FRAZADAS Y ACOLCHADOS
Nuestro amplio surtido le asegura
siempre una compra ventajosa.

ALFOMBRAS DE HULE INGLESAS
Marca LANCASTREUM
Presentamos una extensa variedad
de diseños, colores y medidas,

Intervenga nuevamente en la popular audición PASE
POR LA CAJA que se irradia Lunes, Miércoles y
Viernes a las 12 y 30 horas por CX 16 RADIO CARVE

Av. AGRACIADA 2302
ESQ. MARCELINO SOSA

Av. Gral. FLORES 2341
ESQ. MARCELINO BERTHELOT

Av. 18 de JULIO 1601
ESQ. CARLOS ROXLO

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ,
Avda. Agraciada 2302 esq. Marcelino Sosa.